

Siempre (siendo “siempre” una cantidad de años corta pero intensa) me he preguntado qué se sentiría siendo poeta yankee, teniendo como abuelos a Ezra Pound y a Gertrude Stein en vez de a Juan Ramón y a (los) Machado, teniendo de padres a los LANGUAGE en vez de a los novísimos, de primos a los *flarf* en vez de a los novosentimentales, y de vecinxs a, por ejemplo, Coco Rosie y Harmony Korine; cómo sería estudiar fotografía en la escuela de artes de La Guardia (la de *Fame*) en vez de un bachillerato de humanidades adulterado en un cole de monjas de la periferia de madriz; qué cosas le podrían pasar a una estudiando cine y literatura en un college pijo-progre-cool al norte del estado de Nueva York donde de vez en cuando se pasa a visitar Devendra Banhart o haciendo un master de poesía contemporánea en la oscura y amorosa Philadelphia, ciudad-de-poetas donde las haya; sobre todo me he preguntado siempre qué habría de diferente en que tus profesores de facultad además de pontificar sobre la Gran Literatura, casi siempre Gran Prosa, también se expusieran a escribir, performar o componer su propia poesía, casi necesariamente “menor” por pertenecer al presente. Siempre pensé que debía ser excitante ser un *american poet*; para eso, para excitar, sirven los tópicos, las exageraciones y los mitos de cada uno. Y en estas conocí a Laura Jaramillo, alguien que había vivido todo lo anterior y un par de vidas todavía más interesantes: la escena riot grrrl de los 90 (su adolescencia) y la cultura latino-newyorker de los 80 (la cultura de sus padres, la de su infancia). Le he venido a preguntar cientos de veces a Jaramillo cómo es que se siente el ojo del huracán, y Jaramillo ha venido cientos de veces a responderme que ni tanto que ni modo que ni como lo imagino, que siempre es otra cosa como en verdad sé. La parte migrante, a pesar de las canciones de Héctor Lavoe, Willie Colón y Henry Fiol, resulta bien dura cuando acaba la raya. La parte universitaria necesariamente sufre del aburguesamiento y aburrimiento anglosajón, un ambiente ordenado que a veces exuda ordenación. Y Nueva York es ya tan caro que se parece a madriz. ¿Qué mito nos queda entonces, Jaramillo? Digamos aquí dos no por conocidos menos propicios para la fantasía y la invención: LA POESÍA & LA PANAMERICANA.

“Well, we (poets)” / “Bueno pues, nosotros, los poetas”. El verso anterior sigue con la descripción de un pequeño código por el cual *nosotros (los poetas)* colocamos boca-abajo los sellos con la efigie de Ronald Reagan para después renegar de “la idea de comunicación”. El poema se titula IO NON HO VOTATO PER BERLUSCONI. Resulta imposible no sonreír un poco ante tamaña desmitificación de las fuerzas de un poeta (cualquiera) que queda así retratado en su más íntima y absurda y tierna fidelidad (secreta) a una transmisión literal pequeña pero capaz de alterar algunas pequeñas cosas. Como esa masa italiana que niega al presidente inexplicablemente votado por la masa, (algunos) poetas niegan públicamente poder hacer lo que hacen con sus textos en

privado, a saber, producir código, mantener el fuelle de cierta risa y de cierta resistencia de ese código vital y textual contra el sinsentido. Ese es quizá el primer “supersecreto” de la poesía de Jaramillo, el sello al revés, o la fe en que aún se puede hacer fluir por las tuberías de la lengua del poema una “verdad” – como dice en el blog de The Elective Affinities – “en un sentido personal, en un sentido político, en un sentido formal”. La forma, diríamos, por las tuberías del contenido y no al revés; aunque tal vez habría que contextualizar estas líneas de poesía y de poética, esta sonrisa, para comprender el poema, pues no en todas las escenas de poesía, y desde luego que no en la de Spain, existen esa clase de poetas, ese “we” que niegue absolutamente la comunicación. Bien al contrario, uno de los problemas de la poesía made-in-spain podría ser su absoluta e inocente confianza en que todo lo que se dice llega directo a los ojos de quien lee. El dardo desafiante que Jaramillo lanza al mencionar a bocajarro algo tan resbaladizo y comprometedor como la VERDAD sólo mantiene curso y dirección en un contexto como el norteamericano, en el que sí existen y valen escrituras tan hiperformalistas que vienen, diríamos, herméticamente envasadas al vacío. O sea, que de lo que no se habla aquí es de una lucha por la claridad realista, sino de sed por cantidades de mundo que ciertas aventuras experimentales retiran de la lengua de los textos. Jaramillo no defiende la facilidad de una comunicación inmediata; sino que pide un poco de crudo, un tanto de carne, a la “genealogía de formas” investigadora, esa donde ella se crió y donde, lo quiera o no, sigue censada.

El segundo “supersecreto” de la poeta Jaramillo está directamente relacionado con el anterior. Fue confesado en la entrevista con proyecto Contrabando de noche, en voz bajita, citados los tres agentes en el puerto franco y variopinto de internet, cual intercambio de diamantes: “El slam es una raíz supersecreta de mi poesía”. El eco de la frase aún sigue resonando por los puestos virtuales, pero lo cierto es que quien lea los poemas de Jaramillo en, por ejemplo, www.laliteraturadelpobre.wordpress.com, quedará algo extrañadx por lo poco que éstos suenan a la fuente de la que dicen (secretamente) beber. Así que de creer, habríamos de creerla, tal y como dice Charles Bernstein (*A poetics*) que las poéticas enunciadas por poetas crean a sus poemas: como un mapa desorientador y desviado, un desdibujo de la figura pintada, una brújula que cambia Norte por Sur, Este por Oeste, Sur por Sudeste, y demás trueques de rectas por curvas de aproximación. Así que no el slam exactamente, sino algo similar al habla; no exactamente el habla – pues no hay gran cantidad de lengua vernacular en los textos de Laura – pero sí algo así como su hechura, su frescura, tal vez el esqueleto del deseo de un ritmo y de un chuleo que, de querer, podría vacilar frente a un micrófono de los que abundan por Manhattan; es lo que magnetiza desde un polo implícito la poesía de Laura Jaramillo. Así que el mapa del tesoro de la palabra “slam” puede estar conduciéndonos, a través de una ruta inesperada, al mapa del tesoro de una ciudad que yo me atrevería a llamar “popular” o incluso “populista”, y que remite, sin duda, al primero de los secretos

aquí expuestos: traer mundo al poema, hacer de él alguien capaz de hablar a/de otros, por la noche, a la fresca:

“The town tonight / is inexpressive full / of secrets”

El tercero de los salvoconductos hacia la poesía de Jaramillo es el collage, pero a este proceder no le hace falta ni esconderse ni desorientar nuestra lectura, pues sucede a cielo abierto. Yo diría que le viene de fábrica a cualquier poema escrito en inglés durante el siglo XX-XXI y que por eso, a lo mejor, Jaramillo no escribe en español. Me apuesto lo que sea a que se aprende en la escuela primaria, como un *must*: gimnasia, matemáticas, armonía, deletreo, vocabulario, redacción y collage - una manera firme y fiel de componer las cosas del mundo con las cosas del papel, una mesa finita sobre la que operar con el continuo infinito de las lenguas, los lectos, los registros, los trozos, los pedazos, los olores, las memoria de un olor, los titulares de revista de farándula, las frases efectistas, los versos aprendidos, las carnes verbales que cuelgan en los tendales de las partes de ciudad donde aún viven personas en vez de hologramas, sus idiomas, los hijos de sus idiomas, los desnaturalizados, los lunfardos, los lumpen, la biyanía, el crioyo, el spanglish, queens, bogotá, TS. Eliot, Lorine Niedecker, Chris Kraus, Fred Moten, Ryan Eckes, todo lo que se habla en locutorio y en la cama, etc. Etc. Etc. El collage es la espina dorsal. Después llega Jaramillo y lo tritura para dejar al borde de los versos unos encabalgamientos tan duros como precipicios. Un precipicio tras de otro tras de otro y así el travelling sucede ante los ojos pero en contra del oído. Por cierto que no hay título que falle en los dos libros que tiene publicados; la mayoría extraídos de posters (“Slobodan Milosevic no es un criminal de guerra”), canciones (“Si tú no viene al platanal yo me muero”) y conceptos grandilocuentes que titulan textos más que afilados con el mundo cotidiano (“Lo sublime es ahora”).

El cuarto es de ironía y opera especialmente sobre asuntos de lenguaje, en especial en, claro, los *poemas reaccionarios* (*The Reactionary Poems*. Olywa Press, 2008) y en especial en ese texto tan inteligente y preciso que se pregunta por la palabra “post-heroico” atribuida o sobreimpresa en el cuerpo de una drag: “Post-heroic Drag”: “Cómo puede la palabra ‘post- / heroico’ siquiera / existir pero la verdad es / que existe-importada / no de la publicidad / sino de las teorías / inventadas para vender / *conceptos* en el *campo* / de la publicidad”. Alguna vez hablé con Jaramillo de lo diferente que aparentemente parecían los *poemas reaccionarios* y los *poemas civiles* (*Civilian Nest*. Love among the ruins, 2010): lo que en el primero suena escueto hasta la extenuación, en el segundo se derrama (y en *B*, inédito, inunda literalmente el suelo (mental) de quien lee), pero uno y otro (y otro) construyen un proyecto ciudadano similar. Y he ahí el quinto coso de la cosa Jaramillo

o lo que sea su política: un paisaje urbano que se está fugando de sí, de “we”, de la “verdad”, del mapa, de la mesa, del olor y del sabor, de la tangibilidad: ese momento justo antes del vaciado espectacular: ese segundo anterior a que ny se convierta en un decorado de cartón-piedra por obra y gracia de la alienación y la sobreproducción: justo ahí, en ese instante en el que aún boquean los peces y sus carnes: el tendero que reza, los que golpean en el parque, la madre colombiana que toma fotografías de la televisión, los muertos ilustres un verano de calor, el muerto que no es ilustre pero comparte la lista, la gente que pierde el rumbo en la estación de autobuses. La lucha aquí es la de una realidad muy escurrida contra las cáscaras traslúcidas (de camarón) en que se va quedando. A lo mejor eso de asistir a trozos de mundo así es lo que hacemos *nosotros los poetas*, seamos quienes seamos, estemos donde estemos. A nado.

El otro mito del que quería hablar es tan mítico y tan pelín imperialista que me da pudor desarrollarlo. Se trata de una carretera que recorre un continente de S a N / de N a S como si fuera algo completo y posible – un espectro de sí y sus supresiones, una dirección que va tomando formas de ciudad, de desiertos y de selvas. No concibo que esa recta trace una unidad sino todo lo contrario, pero siempre me ha fascinado el proyecto de viaje que hace posible imaginar. Pensaba que ser un *(pan)american poet* consistía en algo así como poder proyectar el trayecto para poder perderse después por el camino. Recorrer un paisaje tan amplio que nunca dé vértigo mirar hacia atrás o hacia adelante. Desobedecer a un muerto. Inventar un futuro. Hacer autostop, conducir durante horas, aprender oficios sobre la marcha, relatarse cientos de veces en cada puesto, y desaparecer después, en un lugar de Colombia que también se llama Abisinia. Este mito no aporta mucho a la conversación, pero quería compartirlo con alguien, en voz baja, de noche, en el puerto franco y variopinto de un blog.

María Salgado